

January 1978

Encuentro Interpersonal

Dr. Horacio Martínez

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Martínez, D. (1978). Encuentro Interpersonal. Revista de la Universidad de La Salle, (3), 75-85.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Encuentro Interpersonal

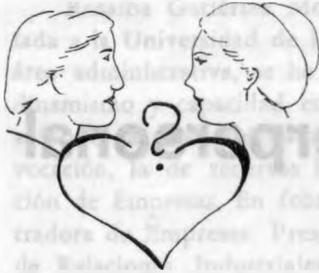
Por el Dr. Horacio Martínez

El encuentro interpersonal es uno de los temas favoritos de la reflexión filosófica moderna. Para entender sus afirmaciones ante todo es necesario aclarar el significado del cuerpo humano dentro de la estructura de la persona. Luego conviene profundizar en la naturaleza del encuentro interpersonal. Finalmente hay que mostrar el papel del amor como camino hacia este encuentro.

Cuerpo y Espíritu

En filosofía actual se ha superado la visión dualista del hombre que lo consideraba como compuesto de dos partes: alma y cuerpo. Hoy se presenta una antropología unitaria que considera el cuerpo humano como la objetivación o exteriorización del espíritu. El cuerpo humano no es una "cosa que se tiene" sino la "forma de ser temporal del espíritu". El cuerpo es lo que permite estar al espíritu en el aquí y en el ahora.

El hombre como espíritu es luminosidad autoconsciente. Es capaz de conocerse a sí mismo y de amarse, lo cual muestra que es causa de sus actos, el origen de ellos, y por lo tanto sujeto. Esto significa que el hombre es un ser para sí. La persona, como espíritu dotado de conocimiento y amor, es superior a la materia y merece que se le respete y no se la "use" como un objeto.



El hombre como sujeto es libre y por lo tanto capaz de diversas opciones. En sí mismo el espíritu humano se aprehende como capaz de poner diversos actos o de no ponerlos, es decir, se siente abierto a diversas formas de actuación. Esto indica que la persona humana puede hacerse a sí mismo según diversas posibilidades de realización.

Como un proyecto de ser libre, el hombre es un universo espiritual en expansión a través de la materia. El cuerpo del hombre es materia asumida por un espíritu. El espíritu se encarna para conquistar la materia y moldearla según sus leyes. El espíritu es como el agua que irriga el desierto de la materia para hacerla fecunda, es como lava ardiente que brota por las venas rotas del mundo, es como luz que ilumina la opacidad de la materia.

El espíritu del hombre se manifiesta en el mundo a través de su cuerpo. Por su modo de ser corporal y por sus gestos conocemos el espíritu de otra persona. El cuerpo es

el lenguaje del espíritu para comunicarse en el mundo. La belleza humana es el atractivo de lo espiritual sobre un cuerpo material.

Si comparamos la experiencia de contemplar un recién nacido con la visión de un cadáver se entiende la peculiaridad del cuerpo humano. En el niño su cuerpo es como la máscara que esconde un rostro invisible y cuya presencia experimentamos. En el cadáver el cuerpo es como una habitación vacía y sentimos la ausencia de alguien que ha partido. La escultura es el intento creativo que hace el hombre para representar la presencia espiritual en la materia. Lo que admiramos en el Moisés de Miguel Ángel es la expresión de vida humana en el mármol.

A través de su cuerpo el espíritu humano transfigura también el cosmos material, pues el hombre por su trabajo en el mundo va imprimiendo en la materia las huellas de su espíritu. Por ser instrumento de la espiritualización del mundo el cuerpo humano recibe su valor y el trabajo corporal su sentido. Por su referencia al espíritu el cuerpo humano y su actividad no pueden considerarse objetos mercantiles que se pueden comprar y vender como cosas.

Espiritualización y materialización

El obrar humano es un proceso de espiritualización de su corporali-

dad y de todo lo que dice relación a su cuerpo: el mundo material. No debe entenderse este proceso como un separarse de lo material, sino como integración de la materia al espíritu. Al hombre lo hallamos implantado en un cuerpo para realizarse como ser espiritual.

El hombre, espíritu encarnado en la materia, posee la potencialidad de realizarse hacia cualquiera de los polos de su ser: la materia o el espíritu.

El espíritu humano se materializa en la medida en que por su operación libre se entrega a la dinámica propia de los cuerpos materiales. Esto acaece cuando el hombre se adhiere a su cuerpo y a las posesiones materiales que de algún modo están ligados a él dejándose devorar por él e identificándose plenamente con sus deseos. Cuando nos entregamos al cuerpo humano tomando por directiva de nuestro obrar la satisfacción sensible, nos materializamos: congelamos nuestro espíritu.

Al contrario, el hombre espiritualiza su materialidad cuando asume su cuerpo transfigurándolo por un obrar conforme a las exigencias de su espíritu. Entonces su corporalidad deja de ser un cuerpo-objeto para ser un cuerpo-sujeto.

Al hombre se le ofrece como tarea fundamental la transformación espiritualizante de su corporalidad,

porque aquel que no espiritualiza su cuerpo acabará corporizando su espíritu.

El cuerpo humano tiene la capacidad de ser transparencia material del espíritu. Nuestro cuerpo puede convertirse en coagulación objetivamente del espíritu o en transparencia personalizada de la presencia del espíritu. De aquí que el hombre tenga la tarea esencial de transformar su corporalidad hacia una forma de mayor transparencia del espíritu. Cuanto más persona se es, el espíritu tiende a sublimar el cuerpo convirtiéndolo en su signo translúcido. La verdad de la corporalidad humana no se halla fundamentalmente en los determinismos biológicos, sino en el movimiento de trascendencia hacia el espíritu.

El encuentro interpersonal

Mi ser personal frente a los demás hombres puede colocarse en una doble actitud, puede establecer dos clases de relación: se puede recibirlos como si fueran un objeto o como una persona. Lo percibo como objeto cuando considero únicamente lo invariable del otro y busco poseerlo egoístamente. Se le recibe como persona cuando nos ponemos en relación con el otro como un yo personal y libre, cuando se le recibe como un otro yo, como de tú a tú, de actualidad a actualidad, buscando su propio bien.

Ante otra persona podemos adoptar las mismas actitudes que ante un libro de poesías. Una primera acti-

tud es admirar la belleza de la encuadernación del libro, su precio, su fama dentro de la literatura o la musicalidad de sus versos y la brillantez de sus imágenes. En otra persona también podemos fijarnos en su belleza física, su dinero, su posición social o puede despertarnos sentimientos al percibir la ternura de su corazón, la fuerza de su carácter y la profundidad de su inteligencia. Una segunda actitud es captar el sentido profundo que expresa el poeta a través de sus versos y que nos pone en contacto con su alma. De manera semejante, en el rostro de otra persona podemos descubrir el ser espiritual que se hace presente y se revela a través de sus cualidades físicas y anímicas.

El "tú" es la persona como ser-valor. Es descubrir en el otro su esencia espiritual individualizada en cuanto posibilidad de realización. El "tú" es un foco de inteligencia y de amor. El "tú" es lo personal que se manifiesta ante todo como presencia. Se capta esta presencia del espíritu personal en el cuerpo humano, como al sol en sus reflejos luminosos. Es como captar en el surtidor no los cambios de figura o de color del agua sino el manantial de origen. El tú personal es la imagen de lo divino en el hombre y su claridad nos dispone a ver a Dios. Lo personal es la patria de los hombres como el mar es la patria de los peces.

Hoy contemplamos un eclipse de lo personal, porque son muchas las cosas que nos impiden descubrir el

centro espiritual de los hombres. Son las cortinas de humo que las personas colocan ante sí y ante los demás: activismo, pasatiempos, rituales sociales. También las enfermedades psicológicas dificultan el descubrimiento del "tú", porque con su turbulencia impiden ver el fondo del mar personal.

El "ello" del hombre es lo circunstancial de la persona: belleza física, salud psíquica, posesiones materiales, posición social, juventud o ancianidad. Cuando considero en una persona únicamente su atractivo físico o su simpatía, la trato como un "ello". La atracción sexual y el enamoramiento que considera únicamente lo que posee la otra persona, permanecen en el ámbito del "ello".

Todos los hombres son personas, fines en sí. Cuando nos acercamos a ellos con egoísmo posesivo y explotador, los objetivamos, los reducimos a meras "cosas". Su contacto en vez de espiritualizarnos nos sumerge en lo material.

También se da una relación "yo-ello" cuando amamos en otro no lo que es en realidad sino la idea que nos hemos formado de su persona. Cuando se tiene una idea de la persona amada se le atribuyen cualidades y defectos que reflejan nuestros gustos. De esta imagen mental se hace una especie de ídolo al cual uno se aferra. Esta imagen es "poseída" y nos hará dichosos o desgraciados en la medida en que la persona amada se conforma con esta imagen.

Tratar a otra persona como objeto es denigrarla, porque nos apoderamos de ella como si fuera una cosa con tenencia de poseedores. En la relación-objeto queremos usar de las personas como si fueran cosas sin respetar su dignidad personal de "tú" frente a nuestro "yo" y lo convertimos en meros "ello" impersonal.

El amor es descubrimiento del "tú"

El amor me revela el ser de otra persona, haciendo de él una presencia para mí, al tiempo que yo soy una presencia ante él, un Yo frente a un Tú. El amor es un camino de belleza para llegar al "tú".

El amor considera a la persona como valor individual único. Esto en dos aspectos. En primer lugar, como persona individual con una identidad esencial que la hace única en el mundo: como "lo que es". En segundo lugar, como un valor que debe desplegarse "como lo que debería ser". En resumen, como un ser valioso personal que debe desarrollar su riqueza.

Por el amor nos acercamos a otra persona no como a un "ello" con cualidades físicas y anímicas que nos atraen y emocionan, sino como a un "tú" personal que es un foco de inteligencia, amor y acción con unas características individuales exclusivas. El "tú" aparece como una especie única y se le podría atribuir lo que pensaban los medievales sobre los ángeles como constituyendo ca-

da uno una especie diferente. Por eso el amor es una mirada metafísica sobre el hombre que descubre su esencia individualizada e irrepetible.

Descubrir el "tú" es descubrir al otro como único e irrepetible, lo cual es el fundamento de la monogamia. Se supone que quien se encuentra con un "tú" en una relación de amor pleno adquiere una actitud exclusiva ante un ser único en el mundo. Lo institucional jurídico viene a expresar es algo que existía y no crea propiamente la revelación monogámica. El problema está en los que se casan sin haber llegado a la relación interpersonal yo-tú.

La mirada del amor es un descubrimiento del otro como tú personal y además una opción de lo profundo de nuestro ser espiritual por este "tú" que interroga nuestro "yo". Esta capacidad para realizar opciones por un "tú" personal es lo que constituye la esencia de la madurez afectiva. En efecto, al abrírnos hacia lo personal individual optamos por una persona irrepetible y entablamos una relación exclusiva con ella. Para el hombre que de veras ama a una mujer, ella es única en el mundo y no puede ser reemplazada por otra igual. Por eso la madurez afectiva del hombre consiste en la capacidad para entablar una relación monogámica con una mujer.

Lo que fundamenta el matrimonio es el hecho de que dos seres humanos se revelen el "tú" el uno al otro. El descubrimiento del "tú" es el factor metafísico del amor, del cual los

sentimientos son meros acompañantes. Es el amor y no los sentimientos los que producen la vida interpersonal. A los sentimientos se los tiene; el amor es hecho que se produce. Los sentimientos solo conocen el "objeto"; el amor el "sujeto".

El verdadero amor es más que sentimentalismo, porque pasa por la inteligencia. El sentimiento capta en el otro un "ello" con cualidades que impresionan y deleitan a los sentidos. La inteligencia se dirige al ser y capta al otro como a un ser subsistente, como un "tú" personal. Cuando la inteligencia ha captado el "yo personal" del otro, a este "tú" se le entrega el verdadero amor. Lo que distingue el amor de sus falsificaciones es la capacidad de penetrar hasta el yo profundo de la otra persona descubriendo la intimidad de su ser espiritual. El verdadero amor existe no a pesar de conocer el verdadero rostro de la persona amada, sino precisamente porque lo conoce.

El amor es entrega al "tú"

La esencia del verdadero amor es la entrega por el valor mismo de la otra persona, no por las ventajas que nos reporta. Es la entrega de un ser consciente y libre a un ser consciente y libre que se funda en el hecho de ser la persona un fin en sí mismo. El don de sí mismo a otro es la consecuencia de aquella intuición del valor personal del tú, que nos lo descubre como un "otro yo". Más aún, el verdadero amor, aunque presupone

nal del "tú", no da una respuesta medida por éste. En el amor hay siempre un "más" infundado, algo que sobrepasa el valor personal y que es puesto por la libertad del que ama. No es el conocimiento del valor personal. De aquí nace esa tendencia a elevar al amado y mediante el cual se eleva espiritualmente el amante.

El amor es una "gracia" del que ama hacia el ser amado, porque es concebido como un "tú" y acogido como tal por otro yo. El que ama hace sentir al amado que es persona, un ser peculiar y singular en el mundo abierto a la realización de valores. La gratitud del amor que personaliza al tú amado no es ningún mérito sino don personal. Se abre al amor quien posee una actitud de acogida del otro como un "tú" y esta disposición es el a priori de la relación interpersonal.

Amar no es sentir sino ante todo querer el bien del "tú" con todas las fuerzas. No es sentimentalismo sino entrega; no es hacer actos aislados por otro sino acogerlo interiormente y poner desinteresadamente toda su actividad a su servicio. Amar no es dar de sus cosas sino darse principalmente a sí mismo.

El amor a otra persona no es más que una proyección o prolongación del amor que se tiene uno a sí mismo: por eso el "tú" humano de nuestro amor es "otro yo". El amor natural de sí mismo es la matriz en la que se forma el amor al otro por

él mismo, aunque este amor a otra persona adquiriera tal envergadura que eclipse el amor natural de sí mismo.

El amor es cuidado por el tú. Cuando se ama de verdad uno se preocupa porque la persona amada despliegue su riqueza personal y se realice en sus posibilidades como ser humano. Se colabora para que la persona amada realice la idea que Dios tiene de ella como posibilidad de perfección.

El amor es creatividad porque impulsa al amante a promover el desarrollo personal del ser amado. Y al ser correspondido, se entable una colaboración creativa que lleva a la plenitud. Y el efecto de sentirse plenamente realizados es la mutua felicidad.

El amor es encuentro "yo-tú"

La esencia del amor es el encuentro del uno al otro persona a persona. El amor atrae y une a los hombres centro a centro. El amor despierta la conciencia de la necesidad de unión entre los seres humanos. Bajo la potencia del amor los fragmentos personales del mundo se unen.

Por el amor la persona se trasciende y deja de encerrarse en sí misma, pues adquiere la conciencia de pertenecer al "nosotros" de una comunidad interpersonal. El hombre es un ser para la relación con las demás personas y no alcanza su realización como persona sino en la auténtica comunicación existencial de

las conciencias. El acto de comunicación es un abrirse al otro para participarle de su riqueza personal. La comunicación interpersonal es un conocimiento comprensivo del otro. Es un esfuerzo por dejar que el otro esté presente para nosotros y por estar presentes a otro. Es permitir que otro ser penetre en nuestra intimidad e intentar penetrar en el mundo personal de otro ser humano.

Cuando se mira al otro como un "tú", como a persona libre, el yo se subordina a algo que es "más que yo mismo" y se realiza el encuentro espiritual o copresencia que incluye con el amor, disponibilidad, fidelidad y esperanza. El egoísmo nos hace impermeables y opacos mientras el amor nos abre translúcidamente hacia el "tú". Siendo el ser de la existencia una relación de "yo" y "tú", o de "nosotros", se llegará a la plenitud cuando el yo se encuentre con el "tú".

La convivencia espiritual que establece el amor está llena de respeto y reverencia. Cuando nos acercamos a otro con amor la captación del valor personal del "tú" hace nacer en nuestra alma un sentimiento de respeto y de reverencia casi sagrada. Participa así, en cierta manera, la comunión del verdadero amor de las características de lo santo. Ante lo santo se experimenta al mismo tiempo una gran atracción y una profunda reverencia que nos mantiene a distancia. Este temor amoroso y reverencial crea ese respeto por la li-

bertad de la persona a quien se ama. De aquí proviene el hecho de que el verdadero amor no fuerce la libre determinación y acción del "tú". Forzarla sería sentido como un sacrilegio. El amor no se impone a la fuerza sino que espera pacientemente la libre respuesta de la otra persona.

La tragedia del hombre moderno es su soledad, debida a que trata al otro como un objeto, como un "ello" y no como una persona, que es un "tú". Esta relación del "yo" con el "tú" sólo se obtiene cuando ésta se hace presente en el amor. Los hombres deben trabajar para que la sociedad sea un "nosotros" viviente, una comunidad amorosa donde se trate al otro como un hermano, como un "tú". En el mundo actual se le da primacía a la capacidad de experiencia sensible y de utilización de lo material con lo cual no se desarrolla el poder del hombre de entrar en relación interpersonal, que es la única capacidad en virtud de la cual el hombre es susceptible de vivir la vida del espíritu.

El amor hace al hombre un "tú"

El amor infunde la dinámica propia de los espíritus a todo el ser del hombre. Nos materializamos en la medida en que nos encerramos en nosotros mismos por el egoísmo y tratamos a las demás personas como un "ello" objetivo. Nos espiritualizamos según nos abramos por el amor hacia otros seres espirituales considerándolos como un "tú". El amor es la salud del hombre porque es integra-

ción personalizante. Por eso el hombre se cansa de pensar y de trabajar, pero jamás se cansa de amar.

La apertura hacia otros "tú" por el amor también da al yo conciencia de ser persona. Al estar en presencia y en comunicación intersubjetiva con otra persona, el yo adquiere conciencia de su existencia y posibilidades como existente personal. El amor infunde en el hombre, espíritu en la materia, el ritmo propio de los espíritus y hace a sí mismo y a los demás hombres personas. El amor es el verdadero dinamismo personalizante del hombre. El egoísmo empobrece el corazón, mientras el amor lo ensancha con las dimensiones del espíritu.

El amor es apertura que vuelve todo tener en ser. Volver en ser sólo es posible por obra del amor que eleva "lo mío" (el cuerpo) hasta el "yo" (el espíritu), incorporando el tener al ser. Al reconocer sus respectivos valores, el amor rompe la tensión propia del tener entre poseedor y poseído, pues se relaciona con el amado, no como si fuera un objeto, sino como una persona, que a su vez considera y se relaciona con el amante como persona.

El amor hace libre a la persona, porque el hecho de la respuesta al valor personal del otro es el ejercicio supremo de la respuesta al valor personal del otro, es el ejercicio supremo de la libertad. La relación "yo-ello" quita la libertad propia, porque tiene un carácter eminentemente posesivo. La relación "yo-tú" del

amor, todo lo contrario, es una afirmación de sí libre, un don en el que el donante mantiene la propia libertad. Por el principio de la realización de la libertad es el encuentro "yo-tú".

El amor cambia nuestra forma de ver el mundo. "Para el amante, el amor hechiza el mundo, lo transfigura, lo dota de un valor adicional. El amor aumenta y afina en quien ama la resonancia humana para la plenitud de valores, a la "totalidad de los valores". De este modo, por su entrega al tú, el yo, el amante, adquiere una riqueza interior que trasciende del tú, del ser amado: el cosmos entero gana, para él, en extensión y en profundidad de valor, resplandece bajo la luz brillante de aquellos valores que sólo el enamorado acierta a ver, pues el amor no hace al hombre ciego, como a veces se piensa, sino que, por el contrario, le abre los ojos y le aguza la mirada para percibir los valores".

(V. E. Frankl).

Cuando amamos de verdad el tiempo se abre hacia el futuro de la esperanza. Cuando el tiempo es cerrado y no vemos ninguna posibilidad ni incentivo para vivir nos sentimos solos. La soledad hace que las personas se sientan superfluas y que consideren las cosas como absurdas y la vida como un sin sentido. El amor libera de la pereza existencial pues da un sentido a nuestra vida. El hombre es un ser para la vida y no para la muerte, porque es un ser para el amor.

El cuerpo humano y el encuentro interpersonal

El encuentro interpersonal se realiza a través de la mediación corporal. El cuerpo humano es principio de individuación y de relación que hace concretamente al hombre un ser para el encuentro interpersonal.

El espíritu humano es apertura al "tú", porque Dios creó un universo de personas para la comunión que fueran imagen de la comunidad interpersonal trinitaria. El cuerpo humano, que está bañado por el espíritu, participa de la naturaleza de comunión interpersonal del espíritu. Por eso el cuerpo humano es una realidad abierta hacia la relación interpersonal. Así el cuerpo hay que entenderlo desde el espíritu y no lo contrario.

En el encuentro "yo-tú" el cuerpo adquiere un matiz referencial hacia el espíritu. Es como una sonrisa que nos hace sentir una alegría original. En el encuentro "yo-ello" el cuerpo nos deja prisioneros, es pegajoso. Parecería que el cuerpo fuera espíritu congelado que brilla como una piedra preciosa despertando el deseo de posesión. En el encuentro "yo-tú" el cuerpo es camino hacia el espíritu y se percibe vaporoso y sutil. La diferencia se parece a los tipos de música: la música caliente excita la sensibilidad y aturde al espíritu, mientras la música clásica conmueve al espíritu a través de la magia del piano.

En el encuentro "yo-tú" el cuerpo es presencia del espíritu, porque

es sentido como alguien que viene y se hace presente en una figura humana. Es la experiencia que tenemos cuando contemplamos un niño recién nacido y percibimos detrás de sus ojos la presencia de alguien recién venido al mundo. Lo que conmueve al corazón humano en un niño es la realidad de que su cuerpo es como un cristal que nos permite adentrarnos y mirar el ser que hay detrás y cuya belleza nos extasía. La fragilidad del recién nacido, su quietud dormida, el ritmo acompasado de su corazón que estremece los pañales, nos impresionan porque revelan la presencia de alguien inmaterial, cuyos resplandores nos recuerdan lo que hemos oído de los ángeles. Pero cuando el niño crece, se mueve, habla, piensa, se rebela y se hace adulto, el cristal de su cuerpo se va convirtiendo en espejo: nos admiramos de sus cualidades físicas y anímicas como valiendo por sí mismas y difícilmente las consideramos como resplandor del espíritu. Sólo cuando el hombre cae en situaciones de latencia, por enfermedad o vejez, de nuevo su cuerpo adquiere cierta transparencia que nos permite entrever el ser espiritual que está detrás.

En el encuentro "yo-tú" el cuerpo humano es experimentado como presencia del espíritu, como un signo que expresa un contenido trascendente. El yo percibe a través de la corporalidad del amado la presencia de un tú personal. La capacidad amorosa del yo consiste en la fuerza captadora de lo personal a través de la realidad corpórea del tú. Una per-

sona ama a otra verdaderamente cuando logra percibir a través de su corporalidad la presencia de alguien inefable. Para el amante el cuerpo del amado es como el de un niño que deja transparentar su fuerza espiritual; por eso los que se aman gustan contemplarse en silencio, como lo hace la madre con su niño.

La madurez personal consiste en la integración del cuerpo como sujeto y en la capacidad de entablar relaciones "yo-tú" con las demás personas. Con esto se logra integrar lo corporal a lo espiritual elevando el tener al ser. La relación "yo-tú" no niega lo corporal sino lo integra a lo espiritual.

La sexualidad y el encuentro interpersonal

La sexualidad en el hombre aparece como una fuerza relacional entre los dos sexos con un elemento físico, la atracción sexual, con un elemento psíquico, el enamoramiento, y con un elemento espiritual, el amor. La madurez sexual del hombre se realiza cuando la atracción sexual indiferenciada se polariza por el enamoramiento y se fija por el amor en una relación interpersonal de tú a tú. De aquí la necesidad de erotizar el instinto sexual y de personalizar lo erótico-sexual.

El gesto sexual en su situación de madurez humana se convierte en un sacramento de la relación interpersonal que expresa y realiza plenamente la unión espiritual de dos seres humanos. Como signo expresa

materialmente la dinámica espiritual de fusión amorosa. Como realización concreta de la misma lleva a su plena consumación la unión interpersonal. El acto sexual se convierte así en una comunión integral de dos personas.

La pedagogía sexual debe trabajar en orden a que la fuerza relacional sexual se polarice eróticamente, de forma que vaya acompañada la atracción por el sentimiento. Y a esta fuerza físico-psíquica hay que darle un sentido último de palabra que expresa y realiza un encuentro interpersonal en el amor.

Las técnicas del amor físico no aseguran la realización humana de la sexualidad, porque ella recibe su sentido y su valor humano del sentimiento y del encuentro interperso-

nal. El sentimiento da profundidad a la atracción física y el encuentro interpersonal le da altura.

La ética, que es la ciencia del arte de vivir humanamente, en el campo de la sexualidad se convierte en un imperativo de convertir el gesto sexual en una palabra psico-espiritual. El encuentro interpersonal amoroso es el sentido último de la sexualidad humana. La norma del comportamiento ético sexual es la calidad de la relación interpersonal existente. Lo conveniente y obligatorio para el hombre es abrirse hacia la comunicación interpersonal "yo-tú". Se aleja del comportamiento ético en la medida en que cae en la relación "yo-ello". Todo el secreto del encuentro interpersonal sexuado consiste en transfigurar el impulso del corazón sin empobrecerlo.



NEGOCIOS EN NUEVA YORK Y EL RESTO DEL MUNDO ?

usted necesita un solo banco

BANCO DE BOGOTÁ
**EL BANCO
COMPLETO**

b
banco
de
bogotá

Ya no es necesario hacer conexiones con una serie de Bancos en el complejo mundo financiero internacional. Ahora el Banco de Bogotá es el banco que en Colombia puede hacerlo todo. El Banco de Bogotá es el único banco latinoamericano autorizado para operar como banco independiente en la capital financiera del mundo: Nueva York. Tiene sucursales propias en Quito y Panamá, y corresponsales en todo el mundo. Es el Banco Completo que durante más años ha servido a los colombianos.

**con más servicios para los colombianos
dentro y fuera del país.**